

Mortificación interior

Rebeca Reynaud

León Tolstoi, autor ruso que conoce a fondo el corazón humano, dice que hay tres frentes de lucha, entre otros:

1º La pasión por el juego. Lucha posible.

2º La sensualidad. Lucha muy difícil.

3º La vanidad. La más terrible de todas.

Y así es.

En nuestra alma, junto con el amor a Dios que va creciendo, todos llevamos la raíz de la soberbia. No es posible extirparla completamente, pero sí podemos cortar sus brotes, y esto es lo que nos pide Dios y lo que alcanzamos, con su ayuda. En este sentido, mortificar la lengua es tanto como podar los brotes del egoísmo

Los Apóstoles entendían a veces poco, a veces mucho, pero cuando Jesucristo les habla de la Cruz, no entienden nada... Con el paso del tiempo, llegaron a entender tan bien que dicen los **Hechos de los Apóstoles**: «Los Apóstoles se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús» (Act. 5,41).

La mortificación interior se encamina a poner *orden en las facultades del alma* y en los sentidos internos, de modo que se busque sólo agradar al Señor. Cuando el bistec está duro, le dan de golpes en el área dura. Cuando nos tomamos en serio a Dios, Él se encarga de darnos pequeños golpes en donde sabe que los necesitamos, porque requerimos un quebrantamiento espiritual en nuestra área dura, como le pasó a Pedro. Le fallaba la impaciencia y se volvió paciente. Dios nos envía las humillaciones que necesitamos, y en su justa medida.

Don Álvaro del Portillo escribió en diciembre de 1989: "No es malo que existan obstáculos, sino que les demos demasiada importancia. Hagamos el propósito sincero de llevar las contrariedades con gallardía, con rectitud de intención, con gracia sobrenatural y con garbo humano. Pidamos la ayuda de Dios para no tener miedo a las dificultades, al cansancio, al sacrificio".

Hay que aprender a callar ante una acusación injusta. Tenemos ante los ojos el ejemplo vivo de los santos, quienes nos enseñan a callar, a sufrir la calumnia en silencio, imitando el ejemplo de Cristo ante quienes le acusaban durante la Pasión. San Josemaría se ponía un propósito firme: "Trabajar y sufrir por mi Señor en silencio" (Via Crucis X estación, punto 1). Así es como madura el alma: *Iesus tacebat*, Jesús callaba ante la acusación injusta.

San Juan Crisóstomo explica que "la lengua es un regio corcel. Si le pones freno, si le enseñas a caminar a buen paso, sobre ella montará y se sentará el rey; pero si la dejas que corra sin freno y que retoce a su placer, entonces se convierte en vehículo del diablo y los demonios" (*In Matthaeum homiliae*, 51, 5).

El hábito de la mortificación interior se logra a base de repetir muchos actos concretos de abnegación, bajo el impulso de la gracia y siempre con una sonrisa.

Santa Teresa escribió: Y está claro que, pues lo es que a los que Dios mucho quiere lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores (...). Pues creer que admite a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos, es disparate. (*Camino de perfección*, cap. 18, 2).

La memoria es un gran bien pero hay que purificarla. En ella almacenamos experiencias pasadas. En la memoria tendemos a conservar los agravios, los éxitos y los fracasos, los desaires y humillaciones, y toda una serie de recuerdos que nos impiden el diálogo con Dios.

Mortificar la curiosidad para no distraernos en lo que no nos corresponde saber. Existe una curiosidad sana, un deseo recto de conocer más profundamente la realidad (Santo Tomás la llama estudiosidad). Pero hay otra curiosidad que requiere la purificación de la inteligencia; la curiosidad no ordenada lleva a la disipación de la mente. Lleva a leer cualquier libro, a asistir a cualquier espectáculo, a abrir cualquier página de internet.

El secreto de la vida que pasa, es saber oír a Dios. Él nos dice: Felices aquellos que dan sin saber que dan, pero dan con bondad y sin perseguir ningún otro objetivo, a ellos todo les será restituido. Caridad es dar, dar, dar, sabiendo que "la virtud sólo es virtud cuando es alegre".

Hay que respetar a los demás, **buscar lo que une**, no lo que desune. Además, hay que suspender el propio juicio cuando no nos toque juzgar.

Dijo San Josemaría: *"Mirad que el Señor suspira por conducirnos a pasos maravillosos, divinos y humanos, que se traducen en una abnegación feliz, de alegría con dolor, de olvido de sí mismo. Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Un consejo que hemos escuchado todos. Hemos de decidirnos a seguirlo de verdad: que el Señor pueda servirse de nosotros para que, metidos en todas las encrucijadas del mundo —estando nosotros metidos en Dios—, seamos sal, levadura, luz. Tú, en Dios, para iluminar, para dar sabor, para acrecentar, para fermentar.*

Pero no me olvides que no creamos nosotros esa luz: únicamente la reflejamos. No somos nosotros los que salvamos las almas, empujándolas a obrar el bien: somos tan sólo un instrumento, más o menos digno, para los designios salvadores de Dios. Si alguna vez pensásemos que el bien que hacemos es obra nuestra, volvería la soberbia, aún más retorcida; la sal perdería el sabor, la levadura se pudriría, la luz se convertiría en tinieblas". (Amigos de Dios, 250).